

Presentación

A partir de su primer número, en el año 2000, *Desde el Jardín de Freud* ha buscado ofrecer una reflexión razonada y crítica sobre temas que competen, de hecho, a los psicoanalistas, pero que conciernen también a académicos de otras disciplinas, a pensadores, escritores y artistas, por cuanto versan sobre asuntos relativos al sujeto y a la cultura en sus distintas manifestaciones. En esta ocasión quisimos abordar tópicos esenciales en la consideración del lazo social, cuya presencia en diferentes campos de la experiencia humana, y su permanente actualidad, convocan continuamente debates e indagaciones en múltiples escenarios académicos y sociales. Se trata de expresiones sociales usualmente relacionadas: el conflicto, la segregación y la exclusión.

La particularidad que el psicoanálisis imprime a esta tríada de nociones pone de presente, ante todo, una tensión entre lo singular del sujeto y la estructura de la sociedad. En este sentido, apenas si hace falta referirse al conflicto psíquico, que Freud registra como una oposición entre el deseo del sujeto y la instancia represiva que ordena su mandato en acuerdo con los ideales de la época. Llama la atención que, en los comienzos, Freud hace una referencia a lo reprimido como aquello justamente “segregado” del saber que, por lo mismo, adquiere el estatuto de inconsciente. Este sujeto que la invención freudiana permite identificar como dividido, acoge en su interioridad lo más ajeno a él mismo, pues no lo reconoce como propio. Con el neologismo *ex-timo* Lacan recogió esta particularidad que bien podría ilustrarnos acerca de las variadas experiencias en las que encontramos la presencia de lo extraño, de lo extranjero en relación con lo más cercano, lo más familiar. Esta particularidad tiñe los fenómenos de la segregación y las prácticas de exclusión, razón por la cual los aportes recogidos en este número apuntan a situar los registros en los que esto se constata, sin dejar de señalar que, en su punto de partida, tiene un valor constitutivo para el sujeto.

En este orden de ideas, se reconoce el carácter ubicuo de la segregación, algunas de cuyas aristas han podido ser delimitadas. Una idea central en el tratamiento dado al asunto consiste en diferenciar los hechos que conciernen a la segregación como fenómeno, de lo que podríamos llamar el “principio” estructural de la segregación. Es

ahí donde la obra freudiana se presenta como la referencia central pues, aunque en Freud la segregación aparezca muy poco y siempre en una cierta continuidad con la fraternidad, el mito de “Tótem y tabú” marca el punto de partida. De hecho, los machos de la horda primordial descubren que son hermanos una vez que, ‘separados juntos’, matan al protopadre a quien, muerto, elevan a la condición de Nombre-del-Padre. Su alianza adquirió la verdadera dimensión cuando, al precio de la renuncia al goce, lograron acordar entre ellos una suerte de pacto social que les aseguraba el “vivir juntos”. Así, estamos frente a cuestiones fundamentales de la constitución de lo humano.

Desde aquí nos vemos conducidos a modos de tratamiento en virtud de los cuales los hombres han podido resolver sus diferendos para hacer posible la comunidad humana y, entonces, a las distintas formas de organización social, cuyas modificaciones registramos en el campo del psicoanálisis con la noción de discurso.

De otro lado, este asunto de la fraternidad, por su sola etimología, evoca inmediatamente la relación entre semejantes y sugiere, primero, la función del conductor, puesto en el lugar del Ideal y, segundo, los fenómenos de la fratría y sus posibles avatares, la pandilla, la banda y la secta, por ejemplo. Estas son manifestaciones que se registran en la actualidad con un carácter novedoso y alarmante, y lo que las hace contemporáneas es su inserción en otro discurso, que ya no es aquel bajo cuyo ordenamiento Freud aportó, en su “Psicología de las masas y análisis del yo”, los elementos para comprender la estructura y el funcionamiento del grupo. Es necesario decir que, por sorpresivas que sean muchas de estas manifestaciones de masas y por variadas que sean las hipótesis explicativas que proceden de las ciencias sociales y políticas, el tratamiento que los autores les han otorgado, en esta ocasión, es tangencial. Echamos de menos trabajos de investigadores sociales al respecto.

Pero la cuestión de las relaciones entre los semejantes no se detiene en ello. En el campo del psicoanálisis se le reconoce un lugar privilegiado y, en esta oportunidad, un terreno fecundo para el tratamiento de variados problemas. Así, los relativos a la experiencia de los celos fraternos, elevada por Lacan al estatuto de “complejo de intrusión”, que advierte paradójicamente acerca de la génesis de los sentimientos sociales, pues exige la presencia tanto del yo como del otro; también los que atañen al amor, cuyas paradojas nos obligan rápidamente a cambiar de vía para encontrarnos en el espacio de la hostilidad y, aun del odio, uno de cuyos destinatarios es el enemigo declarado en la confrontación, pero también, simplemente, aquel de quien se destacan sus diferencias... lo que, más allá de la aguda observación freudiana del “narcisismo de las pequeñas diferencias”, encuentra su expresión paradigmática en el repudio de lo femenino en sus distintas manifestaciones. Las reflexiones de los autores apuntan a

situar los mecanismos psíquicos en juego en cada uno de estos fenómenos y el ropaje con el que se visten en la actualidad del discurso.

No podría dejar de advertirse en las reflexiones propuestas esa torsión que sufre el tratamiento de estos asuntos ya en la obra de Freud cuando, en “El malestar en la cultura”, devela la paradoja inscrita en el corazón de la fraternidad mediante la consideración del carácter imposible del mandamiento cristiano de amar al prójimo como a uno mismo, pues no solo el prójimo es ante todo objeto de nuestra hostilidad, sino que la inclinación agresiva que le suponemos es también la nuestra y puede, incluso, volverse en nuestra propia contra. Así las cosas, Freud sitúa ese ‘núcleo de goce’ que nos es más próximo aun que el prójimo y que exige desplazar las consideraciones desde el narcisismo y el mandamiento de amor hasta el imperativo superyoico y la impronta de la pulsión de muerte.

Sabemos que los textos freudianos posteriores a la inflexión de la segunda tópica, explican los hechos clínicos relativos a la hostilidad y a la crueldad mediante la hipótesis de una desmezcla pulsional, cuyo mecanismo consiste en la ‘segregación’ de los componentes destructivos originariamente anudados con los componentes eróticos. En ese sentido, la pulsión es el resorte de los actos violentos implicados en los fenómenos de segregación. Sin embargo, la lectura psicoanalítica de estos fenómenos no se ha reducido a señalar la participación de esta dotación pulsional. En su consideración, las reflexiones propuestas recurren al triple lente, imaginario, simbólico y real, con el que pueden enfocarse más precisamente tanto sus aristas como sus anudamientos.

Así, uno es el registro que está en juego cuando el contrincante es el Otro del que se pretende su derrota en la rebelión, y otro el que subtiende las relaciones imaginarias de exclusión recíproca. En el primer caso, un Otro soporta el lugar del significativo amo en el discurso, cuya función de ordenamiento y regulación puede llegar a ser discutida, según lo enseña la historia de las revoluciones. En el segundo caso, se trata de las experiencias que involucran el “tú o yo” propias del narcisismo, con respecto a las cuales las reflexiones propuestas contemplaron tanto sus expresiones a la manera de pasajes al acto, como las salidas pacificantes en las que se apoyan los discursos cuando la figura del pacto tiene aún peso y lugar.

Pero es en el registro de lo real en el que se sitúan los hechos inaugurados por el nazismo y en torno a los cuales grandes pensadores contemporáneos y muchos escritores y artistas, han hecho su contribución en aras de explicar lo inexplicable, en particular el horror de la reducción de los cuerpos a lo viviente puro —*nuda vida* condenada al exterminio—. Es este aspecto el que ha sido señalado por los autores como un punto de quiebre que marca la forma contemporánea del lazo social, en relación con el cual la hipótesis que se abre paso en el curso de las elaboraciones pone

en cuestión la vigencia misma de los principios que Freud esgrime en su “Psicología de las masas...”. Para resumirla, hagamos uso de una temprana calificación lacaniana del asunto que nos ocupa: ‘la forma concentracionaria del lazo social’. Se trata de un modo de disgregación del lazo que lleva la marca del discurso contemporáneo identificable, bien como discurso de la ciencia, bien como discurso capitalista, cuya lógica —de objetivación la una, mercantil la otra— tiñe ya no solo las gruesas manifestaciones del conflicto, como las guerras, los despojos, los desplazamientos forzados de enormes grupos de población, sino también otras expresiones del transcurrir humano aparentemente alejadas de esos escenarios de confrontación, porque todo concurre al mismo fin: a la sustitución del sujeto por el individuo y al debilitamiento de los vínculos sociales.

En este orden de ideas, los autores han visitado los distintos espacios en los que las secuelas del discurso no se han hecho esperar pero, sobre todo, han convocado a las víctimas, a los dolientes y a los testigos para recorrer con ellos los caminos posibles de la memoria, en un intento de rodear o de anudar lo irrepresentable de esas expresiones deshumanizantes de la segregación, que es la modalidad del lazo social en la actualidad. Han recurrido también a quienes, con sus obras, desde la literatura, la plástica y la danza, proponen no solo un testimonio de los acontecimientos, sino de las salidas y sin salidas de sus protagonistas.

Pero no solo eso. Las reflexiones de los psicoanalistas registran serios reparos al mandato del discurso contemporáneo que atenta contra el lazo social. No podía ser de otra manera, pues es el discurso mismo del analista el que, con el síntoma, se propone como objeción.

En lo que nos toca directamente, en Colombia, donde el conflicto armado de tantos años de duración ha sido el escenario privilegiado en el que hemos visto aparecer y profundizarse efectos de segregación y prácticas de exclusión, las reflexiones de los pensadores de las ciencias políticas y sociales estuvieron más bien ausentes... Tal vez la urgencia que demandan tanto los efectos vigentes del conflicto, que no cesan, como la expectativa frente al proceso de paz en curso, es óbice para la reflexión escrita... Aun así, quienes desde aquí escribimos no lo hemos hecho al margen de los acontecimientos.

Sylvia De Castro Korgi

EDITORA

Bogotá, junio del 2013